

TÓTILA ALBERT por ROBERTO MEZA FUENTES.

No es nuestra intención hacer una información crítica sobre la exposición de arte contemporáneo que presenta Tótila Albert en la Sala Eyzaguirre. Opinarán de ella los que tengan capacidad técnica para apreciar su riqueza de matices, su sencilla novedad que, pretendiendo darnos la más avanzada de las modernidades, toca los límites de lo primitivo, su audacia y su fervor de arte puro, inconcebibles en nuestro medio negado a las especulaciones desinteresadas del espíritu.

Tótila Albert hace una obra de cultura y de educación al traernos las últimas manifestaciones del arte alemán contemporáneo representado en la obra de sus jóvenes maestros. Nuestros críticos de arte, por desgracia, amarrados a un criterio escolástico y medioeval, podrán juzgar con mayor conocimiento de la técnica, aunque con menor amplitud, a estos nuevos creadores del dibujo, la escultura y la pintura.

Nos concretaremos a hablar de Tótila Albert. Y, antes de hacerlo, nos adelantaremos recogidamente en el recuerdo del que fue su amigo fraternal: Arturo Valdés Alfonso, extinguido en el fervor religioso de su apolínea juventud. Su planta de romero pisó con inquietud las tierras de Europa buscando visiones para sus pupilas de artista, dormidas hoy bajo el azul cielo de Alemania. Tótila Albert ha querido asociar el nombre y la obra del amigo a su primera exposición.

Tenemos frente a nuestras carillas el libro "Tótila Albert.—Escultura", de la Casa Editora Julius Bard de Berlín.

Es como si sobre la mesa tuviéramos la exposición de este bravo muchacho que hace ocho años partió a la tierra de sus abuelos a realizar sus sueños de arte. Su espíritu erudito y selecto había recorrido con dilección todas las luminosas sendas antiguas. Se anegó en la onda de eternidad que viene de las culturas milenarias. Ellas, como un soplo de salud, sacuden los mirajes fugitivos de las modas estridentistas, dignas de ser exaltadas como una actitud del espíritu ávido de renovación, pero imposibles de mantener como un gesto perdurable porque serían la negación de esa corriente renovadora y se transformarían en moribundo y estéril estancamiento.

En la actual desorientación de todas las cosas el arte de Tótila Albert nos parece grandioso y puro como una creación espontánea de la naturaleza. Se muestra a los ojos de los que saben ver como la revelación que saludó a los hombres que miraron estupefactos las auroras primeras del mundo.

Así nos sorprende con su novedad y su antigüedad, con su halo

religioso que nos hace dudar de su existencia real para hacernos soñar el deslumbramiento sobrenatural de otra vida. Es el milagro de todo arte puro: no tiene edad, porque es de todas las edades; no tiene patria, porque es de todas las patrias. Y la audacia de sus modos de expresión es la característica de todos los grandes creadores: es imposible amarrarlos a una preceptiva o a una técnica, excelentes para consagrar las celebridades del vulgo intelectual. Cada artista, y damos a la palabra su sentido sustantivo y esencial, tiene su técnica en su obra. El crítico debe tener la sutil inteligencia que le permita interpretar esa técnica al analizar esa obra. Porque sería absurdo que quisiera medir con el rasero común la producción de los temperamentos extraordinarios.

Es lo que pasa con Tótila Albert. Podrá no comprendérselo, pero nadie habrá dejado de sentir ante su obra el "frisson" que produce la revelación de una nueva verdad o una nueva belleza. Ya lo ha dicho con desnuda franqueza un artista honrado: "Tótila Albert me interesa contra toda razón, contra mi instinto, contra todas mis inclinaciones naturales y de raza. Y sin embargo, ante esa obra cerebral, para mí complicada, siento emoción y vibro", escribe Carlos Dorihiac.

Sólo un artista puede tener esa elasticidad de criterio para juzgar a otro artista de credo distinto y hasta opuesto. Es la virtud que falta a nuestros críticos de arte que, a pesar de ser críticos de arte, no son artistas. Nutridos de buena voluntad y sabios en el uso del recetario académico, y a veces ni el recetario conocen, son incapaces de percibir la vibración personal que cada artista de verdad trae en su obra. Y es que, para desgracia nuestra, esos hombres son el exponente del desorden que reina en todas las cosas: visten de presuntuosa sabiduría su ignorancia hueca y sonora y, con gesto solemne y teatral, pontifican, dictan cánones y establecen normas y pragmáticas. Y las columnas benévolas de la prensa están entregadas a su magisterio inverosímil. Y así, corredores de bolsa que especulan con habilidad en valores del mercado, se sienten con capacidad para especular con valores estéticos. Y se les considera, se les escucha, se les acata.

Vivimos en un siglo tan complejo y dinámico que el ideal sería que el hombre que especula con el cambio, fuera capaz de especular con la metafísica. Y a la inversa. Pero entre nosotros se considera la capacidad económica o social para creer que la obra viene sola, por añadidura.

Con este desgraciado criterio he

oido juzgar a Tótila Albert y a otros artistas que se apartan de la bendita rutina consagrada. Es triste. Porque cuando algo no se comprende, hay que tener la viril honradez de no juzgarlo. La propia estimación obliga a no hablar de lo que no se sabe. Nada más bello que una actitud relativa ante todo lo que no se nos muestra en su plenitud. Pero hay quienes han nacido para dictaminar y no podrían conformarse con privar a sus semejantes de sus opiniones.

Paralelamente a esta actitud olímpica de nuestro medio, en el que no florece la genialidad como una planta cotidiana, es educativo comparar la actitud de Europa: Franz Metzner, un maestro del arte contemporáneo, llama a Tótila Albert su discípulo y lo tiene a su lado, en su taller, con una cordialidad de camarada, con ternura de hermano mayor; Alberto Einstein, el hombre de la Teoría de la Relatividad, interrumpe por primera vez su trabajo para que el artista de América haga su busto, lleno del grave silencio de la meditación. Y los jurados de los salones berlineses, compuestos de hombres que por lo menos saben algo más que nuestros críticos de arte, admiten sus obras que después son discutidas y celebradas por los diarios y revistas alemanes, suizas y norteamericanas.

No quiero una actitud servil para todo lo que viene consagrado por el sello europeo o norteamericano. Anhele una clara libertad para juzgar con criterio personal y propio. Pero pienso que en las materias que los técnicos discuten, los profanos debemos creer a los que evidencian una preparación efectiva y no a los que lucen una dudosa y gastada fraseología. Y Tótila Albert trae la palabra de Alemania, sede de todo generoso impulso de arte. Y, aunque no la trajera, su obra habla. "Himno", "Estallido", "Derrumbe", "Instinto Caótico" son estados de alma forjados por una vigorosa mano de creador. Un soplo sagrado anima las concepciones de este artista, que son divinas porque están henchidas de humanidad. Su "Oración", es la máxima superación del misticismo. En sus "Mujeres de la Montaña" hay una figura, la Perfección, que concentra todo un anhelo del hombre, inasible e imposible.

Ante las creaciones de este artista másculo resulta pueril hablar de capillas, escuelas y modas. Se ve la frágil inutilidad del proselitismo en el arte, que todavía mueve a los que viven de exterioridades, y se admira la religiosa eternidad de la belleza, liberada de escolásticas normas y entregada en su plenitud a la admiración de los que saben ver.

R. M. F.